Londa Schiebinger

¿Tiene sexo la mente?

Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna

Traducción de María Condor

COORDINACION DE HUMANIDADES
PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS DE GENERO
"BIBLIOTECA ROSARIO CASTELLANOS"

EDICIONES CÁTEDRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
INSTITUTO DE LA MUJER

Feminismos

Consejo asesor:

Paloma Alcalá: Profesora de enseñanza media
Montserrat Cabré: Universidad de Cantabria
Cecilia Castaño: Universidad Complutense de Madrid
Giulia Colaizzi: Universitat de València
María Teresa Gallego: Universidad Autónoma de Madrid
Mª. Ángeles Durán: CSIC
Isabel Martínez Benlloch: Universitat de València
Mary Nash: Universidad Central de Barcelona
Verena Stolcke: Universidad Autónoma de Barcelona
Amelia Valcárcel: Universidad de Oviedo
Instituto de la Mujer

Dirección y coordinación: Isabel Morant Deusa: Universitat de València

Título original de la obra:
The Mind Has No Sex?

1.ª edición, 2004

Diseño e ilustración de cubierta: aderal tres

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

N.I.P.O.: 207-04-033-1
© 1989 by Londa Schiebinger
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2004
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 15.729-2004
I.S.B.N.: 84-376-2137-2
Tirada: 2.000 ejemplares
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

A Robert

bien Crooke no creía realmente los relatos de Galeno de mujeres que se convierten en hombres, sí creía que los hermafroditas se tornan más viriles en virtud de un aumento de calor. «Los hermafroditas —explicaba— tenían las partes de los dos sexos, que por la debilidad de su calor en su no-edad [inmadurez] se mantenía oculta y se manifestaba después de que su calor creciese en fuerza»[74]. El cirujano-barbero francés Ambroise Paré observó de manera similar que «la naturaleza del eunuco (...) puede parecer que ha degenerado en una naturaleza femenil, por deficiencia de calor; su cuerpo liso y su voz suave y aguda se asemejan mucho a las de las mujeres»[75]. Del mismo modo, una «mujer varonil» quizá tiene simplemente un calor que supera lo propio en una mujer.

Los anatomistas, como los filósofos del siglo XVII y comienzos del XVIII, no abordaron la cuestión de si el carácter sexual se extiende más allá de los órganos de la reproducción. En el caso de los anatomistas, su silencio permitió que las antiguas opiniones persistieran sin ser puestas en duda incluso cuando se estaban derrocando otros legados del mundo antiguo. Cuando se les presionaba, la mayoría de los anatomistas de formación universitaria (como William Harvey) seguían atribuyendo el carácter de la mujer a su naturaleza fría y húmeda; la mayoría de los barberos-cirujanos (como Helkiah Crooke) continuaban afirmando abiertamente que las mujeres eran más frías que los hombres, y por tanto defectuosas en su temperamento sexual. La mayoría de los anatomistas de este período creían que la mente sí tenía sexo, pero no era ésta una opinión que pudieran conciliar con las ideas de la medicina postgalénica.

[74] *Ibíd.*, pág. 250.

[75] Ambroise Paré, *The Works of that Famous Chirurgion Ambrose Parey* (1585), trad. Thomas Johnson, Londres, 1634, pág. 27.

CAPÍTULO 7

Más abajo de la piel: la búsqueda científica de la diferencia sexual

> Las diferencias sexuales no se limitan solamente a los órganos de la reproducción, sino que impregnan todo el organismo. La vida entera adopta un carácter masculino o femenino.
>
> DOCTOR J. J. SACHS, 1830

La revolución en las opiniones científicas sobre la sexualidad tuvo lugar a finales del siglo XVIII. Algunos anatomistas, que ya no se sentían satisfechos con la teoría de los humores, incómodamente anticuada, dieron expresión a una nueva visión de los orígenes y el carácter de las diferencias sexuales, la relación de sexo y género y la presencia de la sexualidad en el cuerpo. Desde la década de 1750 hasta la de 1790, los anatomistas reclamaron un trazado más preciso de las diferencias sexuales. Ya no había de considerarse que la sexualidad reside exclusivamente en los órganos sexuales. Por ejemplo, en 1775 el médico francés Pierre Roussel reprochaba a sus colegas el que considerasen a la mujer similar al hombre excepto por lo que se refiere a los órganos sexuales: «La esencia del sexo —explicaba— no está confinada a un solo órgano sino que se extiende,

en matices más o menos perceptibles, a todas las partes»[1]. El anatomista alemán Jakob Ackermann afirmó en 1788 que las definiciones contemporáneas de las diferencias sexuales eran inadecuadas, al no describir el cuerpo característicamente femenino. En su libro de doscientas páginas, que detalla todas las diferencias imaginables en huesos, cabello, boca, ojos, voz, vasos sanguíneos, sudor y cerebro de hombres y mujeres, Ackermann hizo un llamamiento a los anatomistas para que descubrieran «la diferencia sexual esencial» de la cual surgen todas las demás[2].

Los historiadores han venido a reconocer que los años centrales del siglo XVIII constituyen una época de profunda transformación en las opiniones sobre la sexualidad. Thomas Laqueur, por ejemplo, ha sostenido que el viejo modelo galénico de la diferencia sexual, en el cual se ordenaba jerárquicamente a hombres y mujeres con arreglo a su grado de perfección metafísica (su calor vital), dejó paso a un nuevo modelo de divergencia biológica. Según Laqueur, hicieron su aparición una anatomía y una fisiología no comparables y en las cuales la relación entre hombres y mujeres no era de igualdad o desigualdad sino de diferencia[3]. Pero esto no es todo.

Lo que describe Laqueur es válido para las opiniones sobre los genitales femeninos[4]. Un elemento importante en la reinterpretación moderna de la diferencia sexual fue la nueva evaluación de los órganos sexuales femeninos, como vimos en el Capítulo 6. El surgimiento del ideal de la maternidad ejerció una profunda influencia en las opiniones médicas sobre el útero. En los primeros años del siglo XVII, los anatomistas ya no pensaban que el útero fuera un pene inadecuado; por el contrario, el útero era ahora un instrumento perfecto para la realización de la tarea principal de las mujeres: dar a sus maridos hijos fuertes y sanos[5]. Repasando en 1829 la historia de la medicina, Carl Klose rechazó la comparación de los órganos sexuales masculinos y femeninos que había ocupado a los científicos naturales desde Artistóteles hasta Albrecht von Haller. Klose sostenía que el útero, el órgano sexual más importante de la mujer, no tenía análogo en el hombre; la comparación con órganos masculinos, por tanto, no tenía ningún valor[6]. Sin embargo, el útero seguía desconcertando a los anatomistas con su singularidad. Todavía en 1804, el médico francés Gabriel Jouard se mostraba inseguro en cuanto a cómo clasificarlo. ¿Era un músculo? ¿Formaba parte del sistema vascular? ¿O era acaso uno de los órganos internos, como el hígado o el bazo? Una cosa era cierta, no obstante: el útero era único —*sui generis*— y no comparable a ninguna parte del varón[7].

La nueva evaluación de los órganos reproductores femeninos no fue más que un elemento de una revolución mucho más amplia. La revolución del siglo XVIII en las opiniones sobre la sexualidad no limitó la sexualidad a los órganos reproductores; el sexo impregnaría en lo sucesivo la totalidad del cuerpo humano. La *resexualización* del cuerpo, en líneas muy distintas de las del antiguo mundo galénico, fue causa de una infinidad de nuevas interrogantes planteadas a la comunidad científica. Entre ellas destacaba la de si, *aparte* de los genitales, hay diferencias significativas entre los sexos[8]. En la década de 1790,

[1] Pierre Roussel, *Système physique et moral de la femme, ou Tableau philosophique de la constitution, de l'état organique, du tempérament, des moeurs, et des fonctions propres au sexe,* París, 1775, pág. 2. Carl Klose sostenía también que no es el útero lo que hace que la mujer sea lo que es. Hasta a las mujeres a las que se les ha extirpado el útero —insiste— conservan características femeninas. También *Über den Einfluss des Geschlechts-Unterschiedes auf Ausbildung und Heilung von Krankheiten,* Stendal, 1829, págs. 28-30.

[2] Ackermann, *Über die körperliche Verschiedenheit,* págs. 2-5.

[3] Thomas Laqueur, «Organism, Generation and the Politics of Reproductive Biology», en *The Making of the Modern Body: Sexuality and Society in the Nineteenth Century,* Catherine Gallagher y Thomas Laqueur (eds.), Berkeley, 1987, págs. 1-41.

[4] Es importante recordar, sin embargo, que en el siglo XIX el útero sería considerado cada vez más una fuente de debilidades femeninas, en especial la histeria.

[5] J. L. Moreau de la Sarthe, *Histoire naturelle de la femme,* vol. 1, París, 1803, págs. 68-69.

[6] C. Klose, *Über den Einfluss des Geschlechts-Unterschiedes, op. cit.* págs. 28-33.

[7] G. Jouard, *Nouvel Essai sur la femme, considerée comparativement à l'homme,* París, 1804, págs. 51-55.

[8] Véase, por ejemplo, Edmond-Thomas Moreau, *Quaestio medica: An praeter genitalia sexus inter se discrepent?,* París, 1750.

los anatomistas europeos presentaban el cuerpo masculino y el femenino como poseedor cada uno de un característico *telos:* la fuerza física e intelectual para el hombre, la maternidad para la mujer. Sin embargo, incluso en esta época, en la cual se consideraba que hombres y mujeres eran en lo esencial perfectos dentro de su diferencia, ésta se ordenaba jerárquicamente. A pesar de la revolución en materia de diferencias de sexo y género, seguía en vigor el dominio secular de los hombres sobre las mujeres (a pesar de ser contraria a la premisa fundamental de la revolución, que el sexo impregna el cuerpo).

Hace su debut el esqueleto femenino

Los primeros dibujos de esqueletos femeninos aparecieron en Europa entre 1730 y 1790 dentro de esta investigación general de la naturaleza de las diferencias sexuales. El materialismo de la época llevó a los anatomistas a fijarse en primer lugar en el esqueleto, la parte más dura del cuerpo, en busca de un «plan básico» para el cuerpo y de algo que proporcionara una dirección «cierta y natural» a los músculos y otras partes del cuerpo a él unidas[9]. Si era posible encontrar diferencias sexuales en el esqueleto, la identidad sexual ya no dependería de los distintos grados de calor (como creían los antiguos), ni consistiría en unos órganos sexuales añadidos a un cuerpo humano neutro. Por el contrario, la sexualidad impregnaría cada músculo, vena y órgano unido al esqueleto y modelado por él.

En 1734, el anatomista Bernard Albinus realizó una ilustración del esqueleto humano que serviría de modelo para la ilustración anatómica durante más de tres cuartos de siglo (véase Figura 34). La tarea fue laboriosa y le costó tres meses culminarla. Albinus dibujó el esqueleto desde tres puntos de vista distintos —de frente, de lado y de espaldas— «no a mano alzada, como se acostumbra, sino partiendo de medidas reales (...) reducidas a escala, ya desde una distancia indeterminada, como

[9] Bernard Albinus, «Account of the Work», *Table of the Skeleton and Muscles of the Human Body,* Londres, 1749.

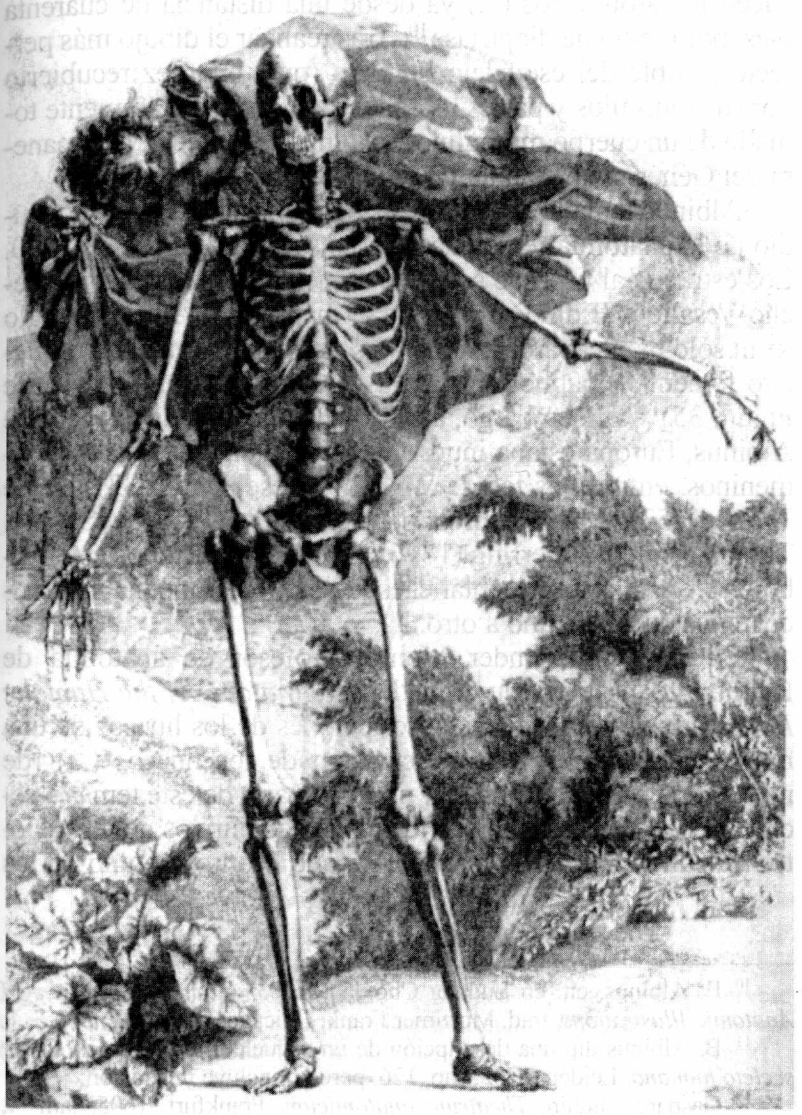

Figura 34. El esqueleto humano definitivo del siglo XVIII. De Bernard Albinus, *Tabulae sceleti et musculorum corporis humani* (Leiden, 1747), lámina 1. [Con permiso de la Boston Medical Library.]

hacen los arquitectos (...) ya desde una distancia de cuarenta pies, por medio de dioptrías»[10]. Tras realizar el dibujo más perfecto posible del esqueleto humano (que, una vez recubierto por sus músculos y partes reproductoras, estaba claramente tomado de un cuerpo masculino), Albinus se lamentó, a la manera del Génesis: «Nos falta un esqueleto femenino»[11].

Albinus tenía buenas razones para quejarse de que el estudio de la anatomía femenina fuese insuficiente antes de 1740. Los estudios al uso que sobre el esqueleto humano habían hecho Vesalio y Bidloo se referían al masculino. Antes del siglo XVIII sólo había aparecido una «tosca» ilustración de un esqueleto femenino, publicada por Gaspard Bauhin en 1605 (véase Figura 35)[12]. Sin embargo, a los cincuenta años del alegato de Albinus, Europa estaba inundada de dibujos de esqueletos femeninos, entre ellos los de William Cheselden (1733), Pierre Tarin (1753), Marie Thiroux d'Arconville (1753) y Samuel Thomas von Sommerring (1796)[13]. Aun cuando todos estos dibujos pretendían representar el esqueleto femenino, había grandes variaciones de uno a otro.

En 1726, Alexander Monro, profesor de anatomía de Edimburgo, agregó a su texto de *The Anatomy of the Humane Bones* una de las primeras descripciones de los huesos de una mujer. Para «concluir la descripción de los huesos (...) [de modo] que no quede sin tocar ninguna parte de este tema —escribió— es necesario añadir los rasgos distintivos del esqueleto masculino y del femenino». Aunque Monro fue uno de los

[10] B. Albinus, cit. en Ludwig Choulant, *History and Bibliography of Anatomic Illustrations,* trad. Mortimer Frank, Chicago, 1920, pág. 277.

[11] B. Albinus dio una descripción de un esqueleto femenino en su *De sceleto humano,* Leiden, 1762, cap. 126, pero no incluye ilustración.

[12] Gaspard Bauhin, *Theatrum anatomicum,* Frankfurt, 1605, lám. 4, pág. 247. Este esqueleto se reprodujo en Crooke, *Mikrokosmographia,* y en la edición inglesa de las obras de Ambroise Paré *(The Works of... Ambrose Parey, op. cit.,* cap. 41), aunque no aparece en la obra original de Paré (véanse sus *Oeuvres,* París, 1585). Luego ya no se volvió a ver.

[13] Además de los esqueletos examinados por separado, véase Pierre Tarin, *Ostéographie, ou Description des os de l'adulte,* París, 1753, lámina 23.

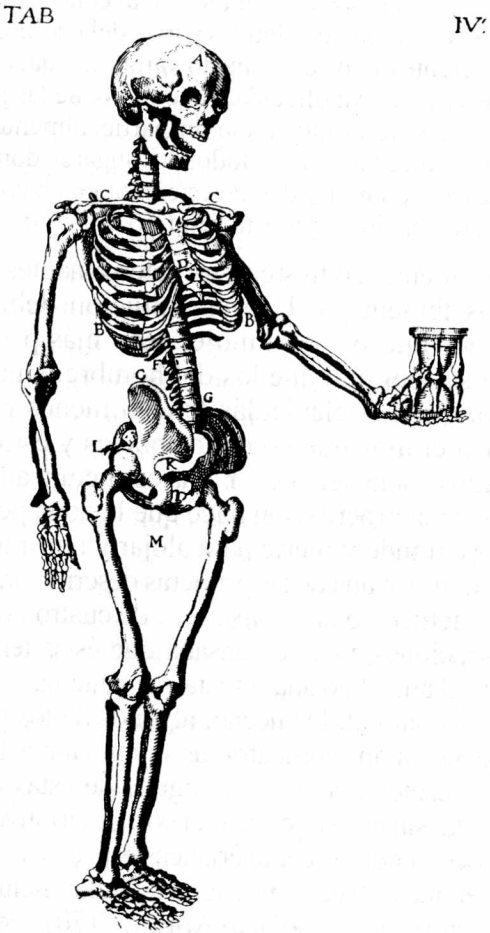

Figura 35. Esqueleto de los «huesos y cartílagos» de una mujer. Obsérvese el corazón insertado en el esternón. Gaspard Bauhin, *Theatrum anatomicum* (Frankfurt, 1605), lámina 4. [Con permiso de la Boston Medical Library.]

primeros que prestaron atención al esqueleto femenino, consideraba secundario su estudio de este último. Siguiendo una pauta bien establecida desde tiempos de Aristóteles, Monro describió a la mujer como incompleta y anormal, utilizando como criterio el cuerpo masculino:

> Los huesos de la mujer están con frecuencia incompletos, y siempre, en algunas partes del cuerpo, de una hechura diferente de los del robusto varón, lo cual concuerda con la descripción ya ofrecida, si no es donde las propias especificidades de la mujer fueran particualmente de notar. Esto no podría hacerse en todos los lugares donde aparecen sin desconcertar el orden de este tratado: en consecuencia, prefiero concluir aquí para resumirlas a modo de apéndice[14].

Monro identificó tres causas determinantes de la forma de los huesos femeninos. Una constitución débil —observa— hace que los huesos de la mujer sean más pequeños en proporción a su longitud que los del hombre. Una vida sedentaria motiva que sus clavículas tengan menos curvas (su ropa obstaculiza el movimiento de los brazos y éstos han sido menos estirados hacia delante). Y una estructura adecuada para las funciones de la procreación hace que la zona pélvica de la mujer sea más grande y fuerte para alojar y nutrir al delicado feto.

Monro ofrece una de las primeras descripciones de los huesos del cuerpo femenino en su apéndice de cuatro hojas, pero no adjunta ilustraciones, ya que pensaba que éstas tenían tendencia a confundir. El auténtico anatomista —mantenía— debe estudiar la anatomía del natural. De hecho, algunos de los primerísimos dibujos se deben a dos compatriotas suyos: James Drake en 1707 y William Cheselden en 1733. Ninguna de estas ilustraciones iba acompañada, sin embargo, de un texto descriptivo ni denotaba un interés especial por las características específicas de la mujer. Por ejemplo, el anatomista inglés James Drake incluyó un esqueleto femenino en su *Anthropologia Nova* de 1707, pero no lo puso al lado del masculino para compararlos; antes bien, utilizó éste para mostrar una vista frontal y el femenino para mostrar una vista de espaldas. Aparte de su nota de que la pelvis es más grande en la mujer que en el varón, los huesos de ambos se presentan de una manera tal que se da por hecho que representan al «ser humano» universal, abstraído de las peculiaridades del sexo[15].

[14] Alexander Monro, *The Anatomy of the Humane Bones,* Edimburgo, 1726, apéndice, pág. 341.

[15] James Drake, *Anthropologia Nova; or, a New System of Anatomy,* ed. Judith Drake, 2 vols., Londres, 1707, láminas 21 y 22.

La *Anatomy* de William Cheseldem sustituyó a la de Drake como manual popular ya en 1713. No obstante, Cheselden no dibujó su esqueleto femenino hasta 1733; apareció en su *Osteographia,* obra muy laboriosa pero que no obtuvo éxito comercial, y obedeció más a los dictados del arte que a los de la anatomía. En esta obra, Cheselden dio a su esqueleto femenino «las mismas proporciones de la Venus de Médicis», a la sazón considerada como «modelo de toda belleza y suavidad femenina»; a su esqueleto masculino le dio las proporciones y la actitud del Apolo de Belvedere[16]. Como Drake, Cheselden no tenía sino escaso interés por los rasgos distintivos de la anatomía masculina. No ofreció ninguna descripción comparativa del esqueleto masculino y el femenino ni una explicación de su interés por los dos esqueletos. Ni siquiera después de 1733 se incorporó una ilustración del esqueleto femenino a sus publicaciones destinadas a los estudiantes de medicina (su *Anatomy* o sus *Engravings of the Human Bones)*[17]. Tampoco dieron gran importancia sus contemporáneos a su dibujo del esqueleto femenino. John Douglas, en sus estridentes *Animadversions* sobre la osteografía de Cheselden, halló curiosamente «superfluo» que Cheselden se hubiese tomado la molestia de incluir una vista frontal de dos esqueletos (el masculino y el femenino)[18]. Lo que mejor explica tal vez esta indiferencia hacia los huesos del cuerpo femenino es que Cheselden no atribuía la menor estatura y fuerza de la mujer al esqueleto sino a la debilidad general consecuencia de la menstruación[19].

Texto e imagen se unieron en la versión francesa de un esqueleto característicamente femenino publicada en 1759, que entusiasmó a los médicos durante más de medio siglo (véase

[16] William Cheselden, *Osteographia, or the Anatomy of the Bones,* Londres, 1733, figs. 34 y 35.

[17] William Cheselden no comenta las diferencias sexuales ni siquiera en la pelvis. Véase su *Anatomy of the Bones,* 3.ª ed., Londres, 1726, pág. 29.

[18] John Douglas, *Animadversions on a late Pompous Book, intitled Osteographia: Or, the Anatomy of the Bones by William Cheselden esq.,* Londres, 1735, pág. 37.

[19] William Cheselden, *Anatomy, op. cit.,* pág. 266.

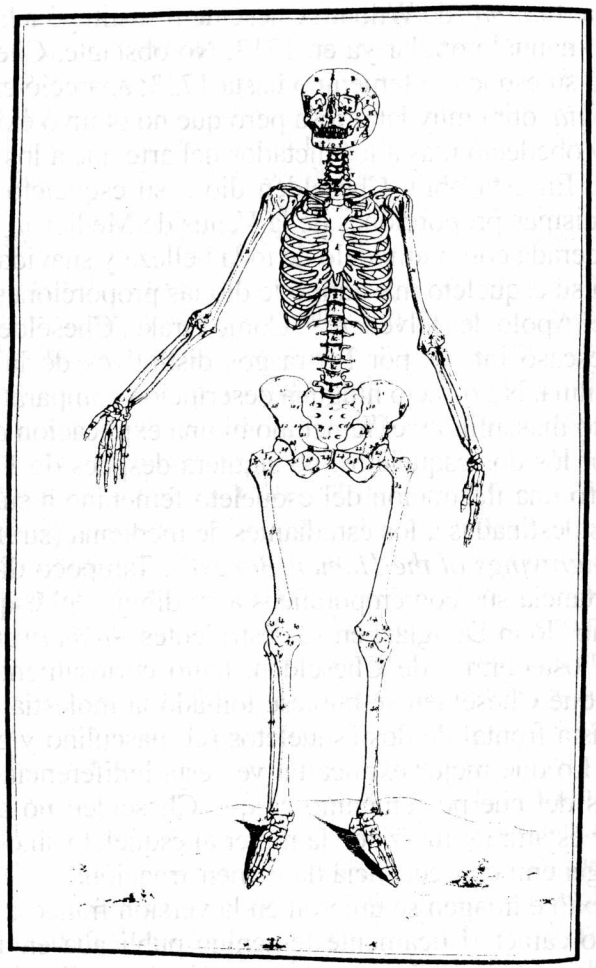

Figura 36. Esqueleto femenino de Thiroux d'Arconville, estudiado por su desviación respecto del masculino. Tomado de Jean J. Sue, *Traité d'ostéologie* (París, 1759), lámina 4. [Con permiso de la Boston Medical Library.]

Figura 36)[20]. La anatomista Marie Thiroux d'Arconville, que había estudiado en el Jardin du Roi, dirigió los dibujos de este esqueleto junto con otras ilustraciones para su traducción al

[20] Jean J. Sue, *Traité d'ostéologie, traduit de l'Anglois de M. Monro,* París, 1759, lámina 4.

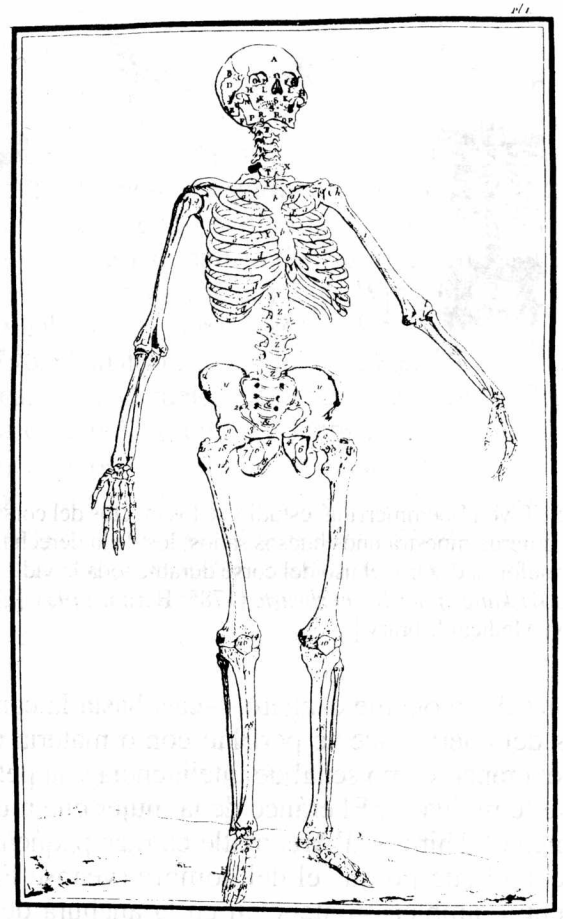

Figura 37. Esqueleto masculino de vista frontal. Tomado de Jean J. Sue, *Traité d'ostéologie* (París, 1759), lámina 1.

francés de la *Anatomy* de Monro. Este esqueleto —uno de los poquísimos dibujados por una anatomista— podría describirse también como la representación más «sexista» de un esqueleto femenino. (Thiroux d'Arconville, una mujer de alto rango, conservó celosamente su anonimato y publicó su *Ostéologie* bajo la protección de Jean J. Sue, miembro de la Académie Royale de Chirurgie. Véase Capítulo 8). En su presentación de la mu-

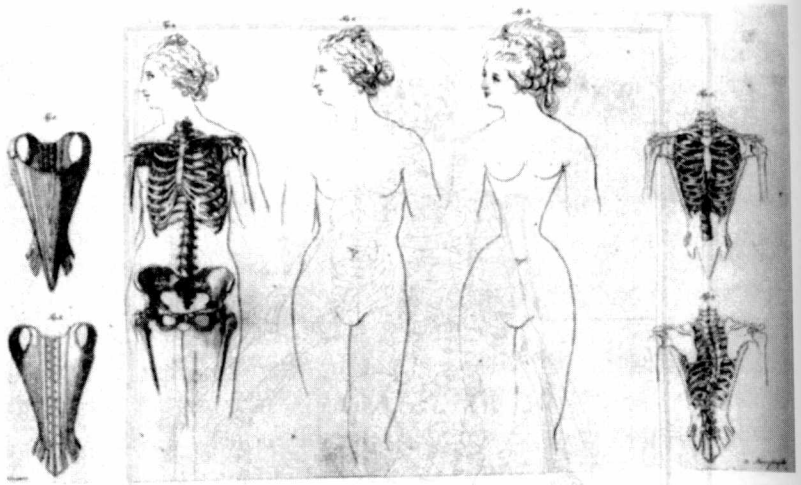

Figura 38. S. T. von Soemmerring, estudio de los efectos del corsé. El esqueleto de la izquierda muestra unos huesos sanos; los de la derecha, los huesos de la mujer deformados por el uso del corsé durante toda la vida. Tomado de su *Über die Wirkungen der Schnürbruste* (1785; Berlín, 1793). [Con permiso de la Boston Medical Library.]

jer, Thiroux d'Arconville exageró —casi hasta la caricatura— las partes del cuerpo que se perfilan como materia de debate político: el cráneo como señal de inteligencia y la pelvis como medida de feminidad[21]. El cráneo de la mujer que muestra (incorrectamente) Thiroux d'Arconville es más pequeño en proporción con el cuerpo que el del hombre (véanse Figuras 36 y 37). Centra también su atención en la anchura de la pelvis exagerando la estrechez de las costillas. En su comentario a la lámina, Thiroux d'Arconville insiste en que el pecho de la mujer es más estrecho, la espina dorsal más curvada y la pelvis mayor que en el hombre[22].

El esqueleto de Thiroux d'Arconville es ciertamente notable por sus proporciones. Las costillas son demasiado estrechas

[21] Al menos desde finales del siglo XVI, una pelvis grande era signo de feminidad. Véase también Antoine Portal, *Histoire de l'anatomie et de la chirurgie,* París, 1773, vol. 6, parte 1, pág. 90.

[22] Jean J. Sue, *Traité d'ostéologie, op. cit.,* texto a la lámina 4.

y limitadoras, haciendo que la pelvis parezca excesivamente grande. Da la impresión de que la autora pretendía poner de relieve las costillas estrechas y las caderas anchas como signo de feminidad o que eligió como modelo una mujer que hubiese llevado corsé toda su vida (véase Figura 38). De ser cierto lo segundo, la ilustración no estaría quizá distorsionada para ajustarse a las premisas culturales, sino que el cuerpo mismo utilizado para el dibujo se habría desfigurado con el tiempo. Ya en 1741, el anatomista francés J. B. Winsolw había advertido que el uso habitual de corsé deforma las costillas[23].

En 1796, el anatomista alemán Samuel Thomas von Soemmerring realizó un esqueleto femenino rival (véase Figura 39)[24]. Aunque la obra de Thiroux d'Arconville era conocida en Alemania, los críticos elogiaron el esqueleto femenino de Soemmerring por «llenar un vacío que existía hasta ahora en todas las anatomías»[25]. Contestando directamente al alegato de Albinus, Soemmering pasó varios años perfeccionando su esqueleto femenino; cuando estuvo terminado, lo juzgó tan «completo y exacto» que hizo de él un compañero perfecto para el gran varón de Albinus. Como modelo eligió el esqueleto de una mujer de Mainz de veinte años de edad, que había dado a luz[26]. Insatisfecho con la cabeza de esta mujer, eligió el cráneo de una georgiana de la famosa colección de Johann Friedrich Blumenbach. Para las proporciones, la postura y los contornos del cuerpo cotejó sus dibujos con las estatuas clásicas de la Venus

[23] J. B. Winslow, «Sur les mauvais effets de l'usage des corps à baleine», *Mémoires de l'Académie des Sciences,* París, 1741.

[24] Samuel Thomas von Soemmerring, *Tabula sceleti feminini juncta descriptione,* Utrecht, 1796. Véase también Gunter Mann, «Die schöne Mainzerin Samuel Thomas Soemmerrings», *Medizin historisches Journal,* 12, 1977, págs. 172-174.

[25] *Journal der Empfindungen, Theorien und Widersprüche in der Natur-und Arztneiwissenschaft,* 6, 1797, págs. 17-18.

[26] Se pensaba que una mujer no alcanzaba la madurez con el comienzo de la menstruación sino sólo a los dieciocho o veinte años, tras el nacimiento de su primer hijo. Véase Johann Jörg, *Handbuch der Krankheiten des Weibes, nebst einer Einleitung in die Physiologie und Psychologie des Weiblichen Organismus,* Leipzig, 1831, pág. 6 y sigs.

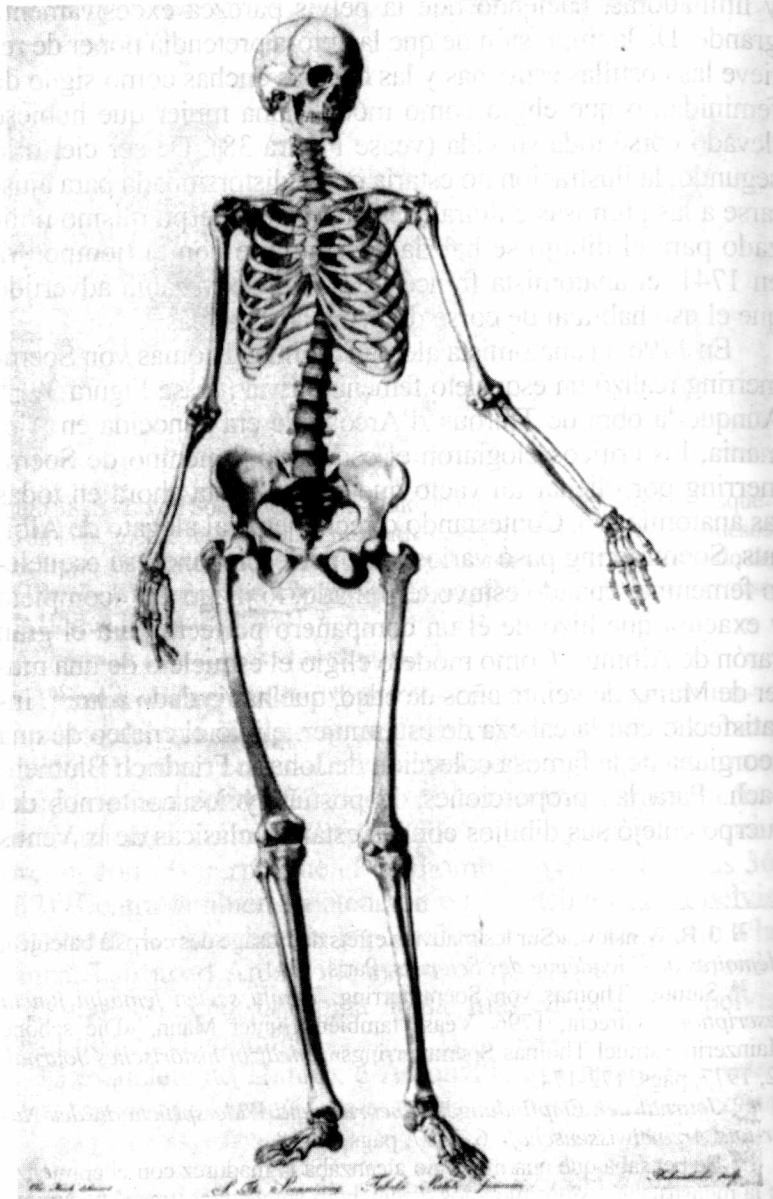

Figura 39. S. T. von Soemmerring, esqueleto típicamente femenino. Tomado de su *Tabula sceleti feminini* ([Utrecht], 1796).

de Médicis y la de Dresde. Soemmerring se había propuesto que su esqueleto representara no a una mujer concreta, sino (como dijo un comentador decimonónico) «a la mujer más bella que se ha imaginado, con todas las minucias, detalladamente observadas, del carácter sexual de toda la estructura ósea de la mujer»[27].

Aunque Thiroux d'Arconville y Soemmerring dibujaron sus esqueletos femeninos del natural y consideraron «exacta» su obra, estallaron acalorados debates en torno a los rasgos precisos del esqueleto femenino. Contrariamente a Thiroux d'Arconville, el cráneo que muestra Soemmerring es mayor en proporción con el cuerpo que el del varón, lo cual es correcto. Soemmerring hizo las costillas más pequeñas en proporción a las caderas, pero no tanto. Como señaló uno de sus alumnos, no debe exagerarse la anchura de las caderas de la mujer; parecen mayores que las del hombre sólo porque la parte superior de su cuerpo es más estrecha, lo cual hace que en comparación sus caderas parezcan sobresalir a los lados.

A pesar de sus exageraciones (o tal vez por ellas), el esqueleto de Thiroux d'Arconville se convirtió en el dibujo favorito, sobre todo en Inglaterra. El de Soemmerring, por el contrario, fue atacado por sus «inexactitudes». John Barclay, médico de Edimburgo, escribió: «Aunque sea más gracioso y elegante y lo sugieran hombres destacados en el modelado, la escultura y la pintura, no aporta nada a la comparación [entre el esqueleto masculino y el femenino] que se pretende.» Barclay criticó a Soemmerring sobre todo por mostrar una proporción incorrecta entre las costillas y las caderas; defendía su opinión con el argumento de que la caja torácica femenina es mucho más pequeña de como la representa Soemmerring, pues el limitado estilo de vida de las mujeres requiere que respiren menos vigorosamente[28]. Barclay concluía diciendo que Soemmerring era un artista, pero no un anatomista.

[27] L. Choulant, *History of Anatomic Illustration, op. cit.,* págs. 306-307.

[28] John Barclay, *The Anatomy of the Bones of the Human Body,* Edward Mitchell y R. Knox (eds.), Edimburgo, 1829, comentario a lám. 32.

La construcción de ideales: el «Homo perfectus» y la «Femina perfecta»

¿Qué tenemos que deducir de esta polémica? Las ilustraciones más precisas del esqueleto femenino y masculino ¿representaban siquiera el cuerpo de una manera exacta? Un aspecto de la revolución científica en las opiniones sobre la sexualidad era el uso de nuevos métodos; las diferencias sexuales habían de ser sopesadas y medidas, descritas y representadas con exactitud. Nos cuentan los anatomistas de la época que no se escatimó ningún esfuerzo para lograr la perfección en sus ilustraciones. Como relata Albinus, preparó esmeradamente su esqueleto masculino con agua y vinagre para que no perdiese humedad y cambiase de aspecto en el transcurso de los tres meses que iba a pasar dibujándolo. Los anatomistas, al tiempo que trataban de representar la naturaleza con concienzuda precisión, se proponían representar el cuerpo en la forma más bella y universal. Albinus, de manera totalmente consciente, intentó captar los detalles no de un cuerpo concreto sino del *Homo perfectus:* un tipo universal e ideal. «Soy de la opinión —afirmó— de que lo que la Naturaleza, la archiobrera (...), ha formado debe ser pasado por el tamiz con atención y juicio y de que han de seleccionarse los mejores elementos de la variedad de la Naturaleza»[29].

A pesar de las intenciones de los anatomistas de representar el cuerpo humano con precisión y en su forma más universal, las representaciones de éste en el siglo XVIII estaban cargadas de valores culturales. Las ilustraciones de esqueletos femeninos y masculinos representaban los huesos del cuerpo femenino y masculino, pero servían también para producir y reproducir los ideales contemporáneos de la feminidad y la masculinidad. Esto se hacía, en parte, mediante la elección de los modelos. Albinus nos cuenta que recopiló datos «de un cuerpo tras otro», en un intento de establecer las dimensiones medias del cuerpo masculino. Aunque su dibujo debía representar las verdaderas proporciones del varón, se sabe que Albinus recogió datos sólo de esqueletos que le resultaban gratos a la vista. Para dibujar su gran varón, Albinus eligió como modelo un esqueleto «perfecto» según unos criterios muy específicos:

> Dado que los esqueletos son diferentes entre sí, no sólo por edad, sexo, estatura y perfección de los huesos, sino también por los signos de fuerza, belleza y constitución del conjunto, elegí uno que pudiera descubrir señales de fuerza y agilidad: en su conjunto elegante y al mismo tiempo no demasiado delicado; tampoco mostrar una redondez y delgadez juvenil ni femenina, ni, por el contrario, un tosquedad y torpeza groseras[30].

Al elegir sus sujetos, Albinus representó la naturaleza no (sólo) como es sino (también) como era más grata a la visión del siglo XVIII.

Albinus hizo que su esqueleto se ajustara tanto a los ideales contemporáneos como a las representaciones clásicas de la figura masculina. Como ha señalado Hendrik Punt, las piernas del esqueleto son algo largas en proporción con el resto del cuerpo[31]. Punt ha demostrado que Albinus seleccionó un esqueleto de piernas largas no necesariamente porque el varón medio las tenga así sino para hacer que su imagen del cuerpo masculino se ajuste a la que ofrece Durero de Adán en su «Caída del Hombre» de 1504. Albino, al parecer, también se consideró *a sí mismo* como perfecta medida para su *Homo perfectus.* En un sorprendente acto de autoafirmación, fijó la estatura ideal de sus esqueleto en 167 centímetros, exactamente su propia estatura[32].

---

[29] Cit. en L. Choulant, *History of Anatomic Illustrations, op. cit.,* pág. 277.

[30] B. Albinus, «An Account of the Work», *Table of the Skeleton and Muscles of the Human Body, op. cit.*

[31] Hendrik Punt, «Bernard Siegfried Albinus (1697-1770) und die anatomische Perfektion», *Medizin historisches Journal,* 12, 1977, págs. 325-345.

[32] H. Punt, *Bernard Siegfrid Albinus, 1697-1770, on «Human Nature»: Anatomical and Physiological Ideas in Eighteenth Century Leiden,* Amsterdam, 1983, pág. 13.

Aunque la fama de Albino se fundaba en su reputación como anatomista descriptivo, en todo momento sacrificó la objetividad al ideal. Hasta en el dibujo —en el que las medidas precisas del sujeto eran trasladadas al papel con toda exactitud— Albinus insistió en que la naturaleza estuviera a la altura de su ideal: así, eliminó detalles anatómicos —por ejemplo, fisuras cerca de las pequeñas arterias y venas— que habrían destruido la simetría del dibujo[33].

Lo mismo más o menos sucedió con sus dibujos del esqueleto femenino. En el prefacio al libro de Ackermann sobre las diferencias por sexo, Joseph Wenzel (uno de los alumnos de Soemmerring) sostiene que era imposible trazar una clara distinción fisiológica entre los dos sexos, dada la gran variedad que existe entre los hombres y las mujeres concretos. Subraya Wenzel que la variación individual era tan importante como la variación por grupos: «Es posible encontrar cuerpos masculinos de constitución femenina, al igual que es posible encontrar cuerpos femeninos de constitución masculina»[34]. De hecho —escribió— es posible encontrar cráneos, cerebros y esternones del «tipo femenino» en hombres. El médico Johann von Döllinger afirmó asimismo que algunas partes de los genitales masculinos (como la próstata) son femeninas y que algunas de los femeninos (como el útero) son masculinas[35].

Wenzel y Döllinger, sin embargo, son excepción en su insistencia en las ambigüedades de las diferencias sexuales. A la sazón, la mayoría de los anatomistas minimizaban las diferencias entre los hombres o entre las mujeres a fin de aumentar el contraste en los sexos. Wenzel, si bien había reorganizado las

[33] *Ibíd.*, págs. 17-18.

[34] Wenzel Ackermann, *Über die körperliche Veschiedenheit, op. cit.*, pág. 5.

[35] Según Johann von Döllinger, hay en la mujer una preponderancia de la feminidad y en el hombre una preponderancia de la masculinidad. La preponderancia de la masculinidad en los genitales masculinos se halla en los testículos (la próstata es femenina); la de la feminidad en la mujer se halla en los ovarios (el útero es masculino). Veáse su «Versuch einer Geschichte der menschlichen Zeugung», en Arthur Meyer, *Human Generation: Conclusions of Burdach, Döllinger and von Baer,* Stanford, 1956, pág. 42.

ambigüedades inherentes a la tipificación sexual, estableció un modelo de feminidad que a su juicio trascendía la ambigüedad sexual: «Siempre he observado que el cuerpo femenino más hermoso y femenino en todas sus partes es aquel en el cual la pelvis es más grande en relación con el resto de cuerpo»[36]. Los anatomistas, en el proceso de seleccionar cuerpos para sus ilustraciones, reforzaron la creencia de que la madre potencial era la mujer más femenina.

Soemmerring hizo también cuanto pudo para «acercarse todo lo posible a la naturaleza»; no obstante, como Albinus, propugnó una selectividad discriminatoria: al repasar la rica variedad de la naturaleza, los fisiólogos debían seleccionar siempre los «especímenes más perfectos y por lo tanto bellos» para sus descripciones[37]. Los ideales de belleza eran importantes, pues sin ellos no era posible identificar los casos que se desvían de la norma perfecta. Soemmerring reveló cómo eligió el modelo «ideal para su ilustración del esqueleto femenino:

> Sobre todo estaba ansioso por obtener al cuerpo de una mujer notable no sólo por su juventud y aptitud para la procreación sino también por la belleza y armonía de sus miembros, del tipo que los antiguos acostumbraban a atribuir a Venus[38].

Soemmering se esforzó por crear la *Femina perfecta,* la perfecta compañera del *Homo perfectus* de Albinus.

En sus ilustraciones del cuerpo femenino, los anatomistas siguieron el ejemplo de los pintores que «trazaban un rostro hermoso, y si sucedía que hubiese en él cualquier defecto, lo enmendaban en el cuadro»[39]. Los anatomistas dieciochescos «enmendaban» la naturaleza para amoldarse a los nacientes ideales de masculinidad y feminidad. Sin embargo, al comen-

[36] Citado en Ackerman, *Über die körperliche Verschiedenheit,* págs. 5-7.

[37] L. Choulant, *History of Anatomic Illustrations, op. cit.*, pág. 302.

[38] Soemmerring, *Tabula sceleti feminini,* comentario a la lám.

[39] B. Albinus, «An Account of the Work», *Tables of the Skeleton and Muscles of the Human Body, op. cit.*

zar el siglo XIX, los huesos del cuerpo humano adquirieron matices adicionales de masculinidad y feminidad. En 1829, John Barclay reunió las mejores ilustraciones de la tradición europea para su comparación. Como ejemplo más excelente de esqueleto masculino, Barclay escogió el dibujo de Albinus. Después, acudiendo al reino animal, Barclay buscó un esqueleto de animal que pusiera de relieve los rasgos distintivos del esqueleto masculino. El animal elegido fue el caballo, notable por su fuerza y agilidad (véase Figura 40). Como mejor representación del esqueleto femenino eligió la delicada versión de Thiroux d'Arconville y la comparó con un animal célebre por su gran pelvis y su cuello largo y esbelto: el avestruz (véase Figura 41). La analogía entre las mujeres y los pájaros se había vuelto habitual desde el descubrimiento de los huevos en los que se había denominado el «testículo femenino» (lo que hoy llamamos ovario)[40]. El avestruz se consideraba especialmente adecuado para la comparación, ya que, entre todos los animales, se creía que tenía la pelvis mayor en proporción con el cuerpo.

El hombre como medida de todas las cosas

La revolución que tuvo lugar en las décadas de 1750-1790 en cuanto a la manera de ver el sexo y el género acarreó una nueva apreciación del singular carácter sexual de la mujer. Pero incluso en esta época, en la que se consideraba que hombres y mujeres eran esencialmente perfectos en su diferencia, había una ordenación jerárquica de las diferencias. La posterior aparición del pensamiento evolutivo dejó intacta esta disposición, pues, en el siglo XIX, las teorías evolutivas aceptaron en líneas generales —o al menos no cuestionaron— la categorización de los sexos y las razas conforme a un único eje de desarrollo. Ni en la evolución de la especie ni en la del individuo se pensó que

[40] Véase [Pierre Maupertuis], *Venus physique,* París, 1745; y [anónimo], *The Ladies Dispensatory,* Londres, 1739, pág. 171.

las mujeres alcanzaran la plena madurez humana ejemplificada por el varón europeo[41].

Los anatomistas decimonónicos afirmaban que el desarrollo de la mujer se había detenido en un estadio evolutivo inferior, citando de nuevo las diferencias sexuales como prueba. Como en el siglo XVIII, la atención siguió centrada en al cráneo y la pelvis como indicios de desarrollo humano. Los craneólogos creían que el cráneo proporcionaba una medida objetiva de la inteligencia o razón natural. G. W. F. Hegel, siguiendo a F. J. Gall, sostenía que el cerebro «moldeaba el cráneo, aquí presionándolo hacia fuera, allá ensanchándolo o aplanándolo»[42]. Los craneólogos analizaban cráneos de hombres y mujeres, blancos y negros, con la esperanza de medir con más exactitud las capacidades intelectuales de cada uno de estos grupos.

Aunque el pleno florecimiento de la era barroca de la craneología no llegó hasta finales del siglo XIX, los esfuerzos por comparar y contrastar el cráneo masculino y el femenino se iniciaron en el siglo XVIII[43]. Cuando Soemmerring dibujó su esqueleto femenino, en el decenio de 1790, rechazó la versión de Thiroux d'Arconville del cráneo femenino. Mientras que Thiroux d'Arconville insistía en que éste era más pequeño que el masculino en proporción con el cuerpo, Soemmerring señaló que los cráneos de mujer, en realidad, pesaban más que los de hombre en relación con el peso total del cuerpo (1:6 para las mujeres, 1:8 a 1:10 para los hombres)[44]. De esto dedujo su dis-

[41] Véase Stephen Jay Gould, *Ontogeny and Philogeny,* Cambridge, Mass., 1977, cap. 5. Véase también Ruth Hubbard, «Have Only Men Evolved?», *Biological Woman,* Hubbard, Hennifin y Fried (eds.), Cambridge, 1982, págs. 17-46.

[42] G. W. F. Hegel, *Phänomenologie des Geistes,* 1807, en sus *Werke,* eds. Eva Moldenhauer y Karl Michel, Frankfurt, 1969-1971, vol. 3, pág. 248.

[43] Sobre las mujeres y la craneología, véanse Elizabeth Fee, «Nineteenth-Century Craniology: The Study of the Female Skull», *Bulletin of the History of Medicine,* 53, 1979, págs. 415-433; y Stephen Jay Gould, *The Panda's Thumb,* Boston, 1980, cap. 14 [trad. esp.: *El pulgar del panda: reflexiones sobre historia natural y revolución,* Barcelona, Crítica, 1994].

[44] Samuel Thomas von Soemmerring, *Vom Baue des menschlichen Körpers,* 1796; Frankfurt del Main, 1800, vol. 1, pág. 82. Se siguieron comparando cráneos masculinos y femeninos durante todo el siglo XIX. En la década de 1890, el cerebro de la matemática nacida en Rusa Sofía Kovalevs-

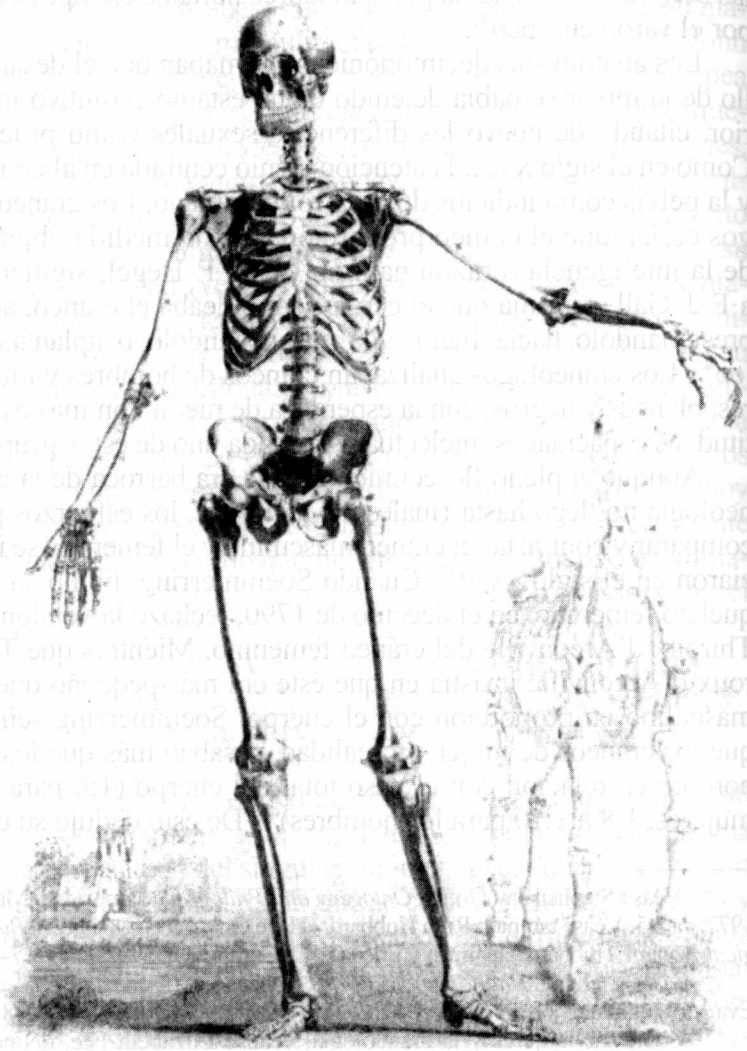

Figura 40. Lo masculino, reafirmado. El esqueleto masculino, comparado con el caballo. John Barclay, *The Anatomy of the Bones of the Human Body* (Edimburgo, 1829), lámina 1. [Con permiso de la Boston Medical Library.]

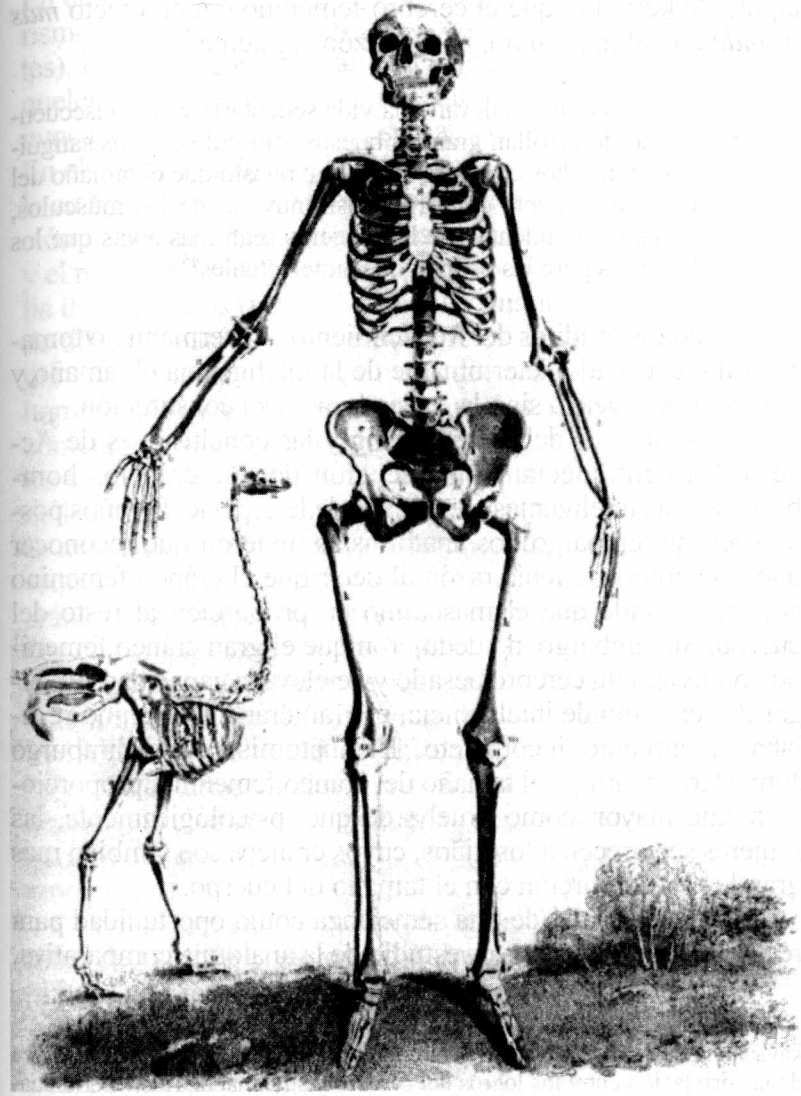

Figura 41. Esqueleto femenino de Thiroux d'Arconville, comparado con un avestruz; ambos son notables por su gran pelvis y su largo y elegante cuello. John Barclay, The *Anatomy of the Bones of the Human Body* (Edimburgo, 1829), lámina 4. [Con permiso de la Boston Medical Library.]

cípulo Ackermann que el cerebro femenino era en efecto *más grande* que el masculino, por la razón siguiente:

> Las mujeres llevan una vida sedentaria y en consecuencia no desarrollan grandes huesos, músculos, vasos sanguíneos y nervios como los hombres; puesto que el tamaño del cerebro aumenta conforme disminuye el de los músculos, no es sorprendente que las mujeres sean más aptas que los hombres para las ocupaciones intelectuales[45].

Como los eruditos del Renacimiento, Ackermann no tomaba como adecuado determinante de la inteligencia el tamaño y la fuerza del cuerpo sino la delicadeza de su constitución.

Los hallazgos de Soemmerring y las conclusiones de Ackermann contradecían la percepción de que eran los hombres los más inteligentes y creativos de la especie. En años posteriores, sin embargo, los anatomistas tuvieron que reconocer que Soemmerring tenía razón al decir que el cráneo femenino era más grande que el masculino en proporción al resto del cuerpo. Sin embargo, no dedujeron que el gran cráneo femenino contuviera un cerebro pesado y de elevada capacidad. En lugar de ser signo de inteligencia, el gran cráneo femenino revelaba crecimiento incompleto. El anatomista de Edimburgo John Barclay utilizó el tamaño del cráneo femenino, proporcionalmente mayor, como prueba de que, psicológicamente, las mujeres se parecen a los niños, cuyos cráneos son también más grandes en proporción con el tamaño del cuerpo.

Barclay se valió de esta semejanza como oportunidad para reestructurar los objetos de estudio de la anatomía comparativa.

kaya fue uno de los cerebros de eminentes científicos investigado en busca de la correlación entre los logros del cerebro y su tamaño. Tras tenerlo cuatro años en alcohol, el cerebro de Kovalevskaya pesó 1.385 gramos. El de su contemporáneo Hermann von Helmholz era más pesado: 1.440 gramos. En comparación con el tamaño del cuerpo, sin embargo, el de Kovalevskaya era mucho más grande. Gustaf Retzius, *Das Gehirn des Mathematikers Sonja Kovalewski in biologische Untersuchungen,* Estocolmo, 1900; cit. en Mozans, *Woman in Science,* págs. 124-125, nota 2.

[45] Ackermann, *Über die körperliche Verschiedenheit, op. cit.,* pág. 146.

En el siglo XVIII, con el auge de los matrimonios de compañerismo (esto es, en los cuales los cónyuges son amigos y amantes), los anatomistas hacían hincapié en la comparación del esqueleto adulto masculino y femenino: el femenino no aparecía nunca sino en compañía de su pareja (de sólida constitución). En el XIX, sin embargo, los anatomistas restaban importancia a la comparación entre varón y mujer con el fin de atraer la atención hacia las semejanzas de los esqueletos de la mujer adulta y el niño. En 1829, Barclay presentó por primera vez una familia de esqueletos (véase Figura 42). Aunque se habían publicado dibujos anatómicos de niños y fetos desde comienzos del siglo XVIII, Barclay fue el primero que reunió los esqueletos de hombre, mujer y niño para compararlos. Como observa en su comentario, Barclay introdujo el esqueleto infantil (utilizando las láminas de Thiroux d'Arconville) para mostrar que muchas de las características que para Soemmerring eran privativas de la mujer eran en realidad «más claramente discernibles en el esqueleto fetal»[46]. Barclay señaló que, además de tamaños de cráneo equivalentes, mujeres y niños tienen huesos más pequeños en comparación con los hombres; la caja torácica, la forma del maxilar y el tamaño de los pies de la mujer son también más similares a los del niño que a los del hombre.

Al elegir a la mujer de Thiroux d'Arconville para compararla con el niño, Barclay, curiosamente, optó por un esqueleto de cráneo relativamente pequeño. No obstante, prefirió dicha versión por incluir la sutura frontal (que no aparece en la de Soemmerring).

Pero el tamaño del cráneo no era el único indicador anatómico de valor en el siglo XIX. Tal vez se tuviera a la mujer por infantil con respecto a su cráneo, pero con respecto a su *pelvis* establecía un criterio de excelencia. Sostenía Barclay que era «sólo allí donde percibimos los peculiares y muy marcados caracteres del esqueleto femenino»[47]. Aunque inferior en tamaño

[46] John Barclay, *The Anatomy of the Bones of the Human Body,* texto a lámina 32. Se publicó una edición anterior de este libro con un título algo diferente en 1819.

[47] *Ibíd.,* comentario a lám. 32.

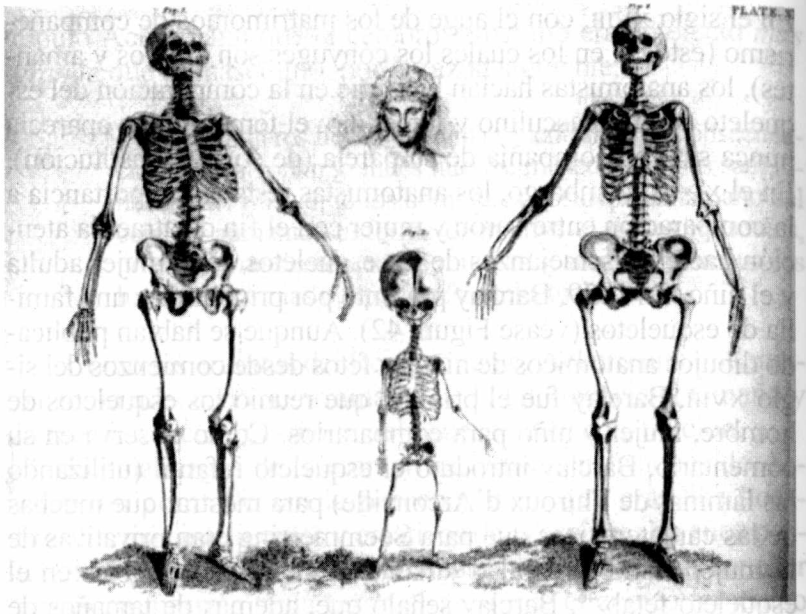

Figura 42. Familia de esqueletos de Barclay. Este autor rechazó las comparaciones dieciochescas de esqueletos masculinos y femeninos e insistió en que el esqueleto femenino se parece más al del niño. John Barclay, *The Anatomy of the Bones of the Human Body* (Edimburgo, 1829), lámina 32. [Con permiso de la Boston Medical Library.]

craneano, en el ámbito de la pelvis se consideraba a la mujer innegablemente superior.

En el esquema general de las cosas, no obstante, el superior tamaño de pelvis de la mujer no bastaba para que ésta fuera juzgada igual al hombre, pues, de hecho, la finalidad de la pelvis superior era en última instancia dar paso al cráneo superior. Los craneólogos fueron rápidos en señalar que la pelvis femenina europea tiene por necesidad que ser grande para dar cabida en el canal del parto al cráneo del varón superior. Así pues, el cuerpo masculino y el femenino eran complementarios: la superior pelvis femenina era complemento del superior cráneo masculino. Y, al fin y al cabo, era el hombre el que se pensaba que contenía en su cráneo las semillas de la civilización. La mujer estaba diseñada simplemente para favorecerlo.

La atención que se prestaba a la pelvis sirvió para naturalizar el papel de la mujer como madre, pero en una época en la que la imagen de la mujer infantil se estaba haciendo cada vez más popular en los textos de medicina. En *Das Weib und das Kind* (1847), el médico alemán E.W. Posner describe extensamente las bases físicas de la comparación entre mujeres y niños. Las mujeres, al igual que los niños, tienen los miembros cortos y el abdomen redondeado y más grande en relación con el pecho; la cabeza de las mujeres tiende asimismo hacia «el tipo infantil».

> La estructura ósea más fina, los rasgos faciales más tiernos, menos marcadamente desarrollados, la nariz más pequeña, el rostro redondeado, infantil y más grande, muestran claramente esta semejanza (...) Los nervios y los vasos sanguíneos de las mujeres son también delicados y finos como los de los niños (...) y la piel, con su gruesa capa de grasa, es infantil[48].

Posner veía la «infantil redondez» de la mujer como la consecuencia del hecho de que la mujer deja de crecer a la edad de catorce años (antes que varón, que lo hace a los dieciocho) y de este modo nunca alcanza la plena madurez.

Aunque la comparación de la mujer con el niño no se entendía como despectiva en sí misma (en el siglo XIX, los niños también representaban la inocencia, la frescura y la juventud), la mujer descrita por Posner nunca lograba alcanzar la plena madurez humana de la que era ejemplo el tipo físico del varón europeo.

La comparación de mujer y niño no era en modo alguno nueva en el siglo XIX. En el mundo antiguo, Jenócrates y Hermágoras sostenían que una mujer nunca puede ser más que un niño[49]. Galeno pensaba que las mujeres y los niños padecían de manera similar de humores fríos y húmedos, que explicaban su falta de dominio de sí mismos. Aristóteles agrupaba a mujeres,

[48] E. W. Posner, *Das Weib und das Kind,* Glogau, 1847, págs. 9-10.

[49] Ruth Kelso, *The Doctrine of the Renaissance Lady,* Chicago, 1978, pág. 213.

niños y esclavos en los tres estados de la minoría de edad[50]. Esta actitud se mantuvo firme en los textos políticos del siglo XVII y principios del XVIII. Se recuerda a lord Chesterfield por su opinión de que «las mujeres no son sino niños más crecidos»[51]. Trazando paralelismos entre los cuerpos de mujeres y niños, los anatomistas tradujeron las maneras tradicionales de ver a las mujeres al lenguaje de la ciencia moderna.

Hay que recordar que la imagen de la mujer infantil pintada por los anatomistas no discordaba con otros aspectos de la costumbre europea. En una época en la que las mujeres casadas de clase media eran (por término medio) diez años más jóvenes que sus maridos, no es sorprendente que parecieran infantiles en comparación con éstos[52]. Alexander Monro, a quien se debe una de las primeras descripciones del esqueleto femenino, encontraba totalmente adecuada esta diferencia de edad. En un ensayo sobre la «conducta femenina» escrito para su hija, subraya que «la pareja más igual es aquella en la cual el hombre tiene unos años más que la mujer con la que se casa, para que su mayor experiencia lo pueda hacer capaz de mantener la superioridad a la que tiene derecho»[53].

No fueron las mujeres el único grupo señalado como infantil. También se atribuyeron sorprendentes connotaciones nacionales a rasgos que se consideraban ligados al sexo. En el siglo XVII, los ingleses tenían a los franceses por irremediablemente femeninos; en el XIX (en los años que siguieron a las

[50] «Pues el libre gobierna al esclavo, el varón a la mujer y hombre al niño [cada uno] de diferente manera». Aristóteles justificaba la subordinación de esclavos, mujeres y niños en términos del grado de racionalidad, supuestamente menor, que posee cada uno: «(...) Todos poseen las diversas partes del alma, pero las poseen de maneras diferentes, pues el esclavo aún no tiene la parte deliberativa, la mujer la tiene, pero sin plena autoridad, y el niño la tiene, pero en una forma no desarrollada.» Véase Aristóteles, *Política,* Madrid, Gredos, 1995.

[51] Catherine Macauly, *Letters on Education,* Londres, 1790, pág. 209.

[52] Heidi Rosenbaum, *Formen der Familien,* Frankfurt, 1982, págs. 288-289.

[53] Alexander Monro (Primus), «Essay on female Conduct written by a Father to his Daughter», manuscrito propiedad del doctor P. A. G. Monro y conservado en St. John's College, Cambridge, pág. 185.

guerras napoleónicas), los alemanes acusaban a los franceses de ser inmaduros y pueriles. Johann Ziegenbein, educador germano, hallaba que «los franceses tienen todas las deficiencias y ventajas de los niños»; los franceses eran también «mujeriles». Según él, los tres grupos —franceses, mujeres y niños— dan muestras de «sensibilidad lírica» tales como gustar de los halagos, ser provocados con facilidad y tener entusiasmo por los colores fuertes[54].

La analogía entre sexo y raza

El estudio de las diferencias sexuales no fue sino uno de los temas que preocuparon a los anatomistas en el siglo XVIII. Samuel Thomas von Soemmerring, que dibujó uno de los primeros esqueletos claramente femeninos, no tenía especial interés por la anatomía de las mujeres sino por la base anatómica de las diferencias raciales. En su obra principal sobre la anatomía comparativa del negro y el europeo *(Über die körperliche Verschiedenheit des Negers vom Europäer),* Soemmerring definió las diferencias raciales de una manera muy parecida a como define las sexuales: «Si la piel fuese la única diferencia, podría considerarse al negro como un europeo de color»[55]. En otras palabras, la diferencia estaba más abajo de la piel. Como sucedía con los esqueletos femeninos, Soemmerring acudía a los cimientos del cuerpo —el esqueleto— en busca de las diferencias esenciales de las que derivaban todas las demás. Las diferencias raciales, que tenían su raíz en el esqueleto, moldeaban las diferencias existentes en músculos, nervios y venas. De este

[54] Johann Ziegenbein, *Aussprüche über weibliche Natur, weibliche Bestimmung, Erziehung und Bildung,* Blankenburg, 1808, págs. 16-17.

[55] Samuel Thomas von Soemmerring, *Über die körperliche Verschiedenheit des Negers vom Europäer,* Frankfurt, 1785, pág. 2. Sobre metáforas de la raza y el género en la ciencia, véase Nancy Leys Stepan, «Race and Gender: The Role of Analogy in Science», *Isis,* 77, junio de 1986, págs. 261-277. Véase también Sander L. Gilman, *On Blackness without Blacks: Essays on the Image of the Black in Germany,* Boston, 1982.

modo, la raza, como el sexo, impregnaba toda la vida del organismo.

Los anatomistas trataron de clasificar los sexos y las razas en una única cadena jerárquica del ser con arreglo al tamaño del cráneo y la pelvis (véase Tabla 2). Con respecto al del cráneo, el varón europeo representaba el tipo humano plenamente evolucionado, superando al varón africano, a la mujer europea y a la mujer africana. En su jerarquía racial y sexual, el varón europeo conservó claramente su posición superior. El lugar relativo del varón africano y la mujer europea, sin embargo, no estaba clara; los craneólogos —en sus esfuerzos por poner de relieve la comparación de cada uno de estos dos grupos con el varón blanco— tendían a hacer hincapié en su semejanza (y no en su diferencia) con declaraciones como «los hombres de las razas negras tienen un cerebro apenas más pesado que el las mujeres blancas» o «el negro se parece a la mujer en su amor por los niños, su familia y su cabaña; el hombre negro es al hombre blanco lo que la mujer es al hombre en general, un ser afectuoso y complaciente»[56]. Otros hallaron medidas que indicaban que la capacidad craneana de la mujer blanca era un poco superior a la del hombre negro. Pero los craneólogos en general no pararon mientes en cómo había que clasificar al hombre negro (el sexo dominante de una raza inferior) en relación con la mujer blanca (el sexo inferior de la raza dominante). Por el contrario, quedaba demasiado claro cómo se clasificaba a la mujer africana: en todas las culturas y razas, el peso absoluto del cerebro es siempre mayor en los hombres que en

[56] G. Hervé, citado en Stephen Jay Gould, *The Mismeasure of Man,* Nueva York, 1981, pág. 103; y F. Pruner y James Hunt cit. en E. Fee, «Nineteenth-Century Craniology» cit., pág. 424. Las clasificaciones por sexo y por raza hechas por los craneólogos eran mucho más elaboradas de lo que sugiere la Tabla 2; Carl Vogt, por ejemplo, clasificó a los varones de 33 razas (entre ellas, «australianos, polinesios, hotentotes, peruanos, negros oceánicos, mexicanos, indios salvajes, parisienses, alemanes e ingleses») según su capacidad craneana. Véanse sus *Lectures on Man,* Londres, 1864, pág. 88 [trad. esp.: *Lecciones sobre el hombre,* Madrid, Manuel Minuesa de los Ríos, 1881].

[57] Theodor von Bischoff, *Das Studium und die Ausübung der medicin für Frauen,* Múnich, 1872, pág. 16.

las mujeres[57]. Además, los craneólogos subrayaban las diferencias entre los sexos por lo que atañe a tamaño del cerebro, que aumenta con el desarrollo de la raza, de modo que «el varón europeo supera mucho más a la mujer que el negro a la negra»[58]. Así pues, los craneólogos creían (en directa contraposición con *philosophes* como Condorcet) que la desigualdad de los sexos se incrementa con el progreso de la civilización.

TABLA 2
Jerarquía sexual y racial a principios del siglo XIX

Según tamaño del cráneo	Según tamaño de la pelvis
Varón europeo	Mujer europea
Varón africano o mujer europea	Mujer africana o varón europeo
Mujer europea	Varón africano

Los historiadores han prestado mucha atención a la medición de cráneos por los craneólogos. Sin embargo, en el siglo XVIII hubo otra medida —la de la pelvis— que se juzgaba igualmente importante para entender el desarrollo físico y moral (como entonces se denominaba) de las razas. Con el tamaño de la pelvis, la jerarquía sexual (aunque no racial) se invertía. Aquí, la mujer europea representaba el tipo humano plenamente desarrollado, superando al varón europeo[59]. La indecisión que había en cuanto a la posición relativa del varón africano y la mujer europea en relación con la capacidad craneana se percibe aquí por lo que respecta a la posición relativa de la mujer africana y el varón europeo. Una vez más, los craneólogos estaban más interesados en las semejanzas entre estos dos grupos con respecto a la pelvis que en sus diferencias. Lo que estaba claro, sin embargo, era que la mujer africana estaba

[58] C. Vogt, *Lectures on Man, op. cit.,* págs. 81-82 [trad. esp. cit.].

[59] Carl Vogt, *Vorlesungen über den Menschen: seine Stellung in der Schöpfung und in der Geschichte der Erde,* Giessen, 1863, pág. 151. Véase también Lucile Hoyme, «The Earliest Use of Indices for Sexing Pelves», *American Journal of Physical Anthropology,* 15, 1957, págs. 537-546.

muy por encima del varón negro, cuya pelvis se consideraba tan estrecha que era casi propia del simio. Explicando estas diferencias, un profesor de la Universidad de Cambridge señaló el hecho de que la pelvis de la mujer negra era más estrecha, en concordancia con la ligera inferioridad del tamaño de la cabeza fetal entre los negros[60].

En el siglo XIX, sexo y raza pasaron a definir de forma creciente el valor social. Los anatomistas (en su mayoría varones y europeos) estudiaron el sexo y la raza utilizando al varón europeo como criterio de excelencia. Al propio tiempo, los anatomistas creían que su obra estaba libre de prejuicios y reflejaba únicamente los hallazgos «de sangre fría» de la ciencia. Según Soemmerring, el anatomista no tenía que adoptar una postura *moral* en esta materia porque el cuerpo hablaba por sí mismo. Para él, las diferencias raciales y sexuales no eran accidentales, sino «ciertas, claras y definidas». Una cosa interesante es que Soemmerring aseguraba también a sus lectores que él, personalmente, no era racista; consideraba a los negros «no menos humanos que los más bellos griegos» y expresaba su firme oposición a la esclavitud[61]. En lo que él juzgaba ser una expresión de neutralidad en la cuestión de la superioridad racial, escribió: «No habría habido ninguna diferencia si mis resultados hubiesen demostrado que los blancos y no los negros estaban más cerca del simio.» Soemmerring creía simplemente que era la naturaleza y no el hombre la que había creado las desigualdades entre los sexos y las razas.

[60] George Humphrey, *A Treatise on the Human Skeleton,* Londres, 1858, págs. 446-447.

[61] S. T. von Soemmerring, *Über die körperliche Verschiedenheit des Negers vom Europäer,* prefacio; y Frank Dougherty, «Eine Auseinandersetzung im anthropologischer Hinsicht», en *Samuel Thomas Soemmerring und die Gelehrten der Goethezeit,* Gunter Mann (ed.), Stuttgart, 1985, pág. 39. Kant, en sus *Beobachtungen,* donde explica por qué las mujeres eran intrínsecamente incapaces para las tareas científicas, cita también con aprobación la creencia de Hume de que «los negros africanos no tienen por naturaleza ningún sentimiento que se eleve por encima de los cortos de alcances», *Kants Werke,* Berlín, ed. Wilhelm Dilthey, 1900-1919, vol. 2, pág. 253.

CAPÍTULO 8

El triunfo de la complementariedad

> El cuerpo masculino expresa fuerza positiva (...), agudizando el entendimiento y la independencia varoniles y equipando a los hombres para la vida en el gobierno, en las artes y las ciencias. El cuerpo femenino expresa blandura y sentimiento mujeriles (...). La espaciosa pelvis destina a las mujeres a la maternidad (...). Los débiles y blandos miembros y la delicada piel son testimonio de la esfera de actividad de las mujeres, más restringida: el hogar y la tranquila vida familiar.
>
> DOCTOR J. J. SACHS, 1830

¿Por qué se convierte, a finales del siglo XVIII, la anatomía comparada de hombres y mujeres en un proyecto de investigación para la comunidad médica? Los intereses de los anatomistas por el cuerpo femenino estaba determinado en parte por la preocupación que les inspiraba la salud de las mujeres. Por ejemplo, Jakob Ackermann, que se tomó un interés especial en la constitución del cuerpo femenino, añadió a su libro sobre las diferencias sexuales un capítulo que versaba sobre la salud de las mujeres, argumentando que los médicos debían fijarse en las diferencias en la constitución física que pudieran influir en el